

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero, 7'50 PESETAS trimestre.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

SABADO 15 DE DICIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 13

BENEDICTINE

LICOR EXQUISITO
Tómese una Copita después de la Comida,
ayuda la digestión y no irrita.

GRATITUD

Tenemos una verdadera complacencia en hacer constar que D. Juan Campoy, en el día de ayer realizó con este periódico un acto de estricta justicia, permitiendo que se publicara íntegra la defensa de nuestro distinguido director.

Aunque el acto como dejamos dicho, fué de estricta justicia, nos creemos obligados á guardar para D. Juan Campoy eterna gratitud, pues hoy día, conseguir en Murcia lo que por derecho propio nos corresponde, merece todo nuestro agradecimiento, pues resulta una verdadera gracia que se nos hace.

Ya sabíamos nosotros, que si el Gobernador tan mal cumplía con los sagrados deberes de su cargo, no era por perversidad de don Juan Campoy, y si por esa pléyade de asesores que no le permiten moverse siquiera.

El día en que el Sr. Campoy, se hiciera gobernador de verdad, y obligara á cada cual á mantenerse en su sitio, quizás recuperase la dignidad y prestigio de su cargo, arrojado hoy al lodo, por el consejo torpe y mal intencionado de ciertos individuos que debieran estirparse de la sociedad, como verdaderos cánceres sociales.

Oiga nuestro consejo, é imprima á su conducta nuevos derroteros, que en ello irá ganando mucho el principio de autoridad en Murcia y Murcia misma.

En colaboración

Ni todo es casualidad ni todo culpa en las desdichas que nos afligen. Nuestra triste historia, que aun en sus días más prósperos no ha sido otra cosa sino un doloroso calvario; resulta de la colaboración del accidente con el demérito. Si no tanto como en la del individuo, no deja de tener el acaso su influencia en la vida de las naciones. También las hay que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas. A veces, en un momento crítico de la vida nacional, una pequeñez, una nenada, bastan para desearriar por siglos, acaso para siempre, las actividades de un pueblo, é influir por modo decisivo y nefasto en sus destinos. Nuestra historia ofrece de ello buenos ejemplos. Vayan algunos como muestra.

Gran desdicha fué para España el descubrimiento y la colonización de América. Es dudoso que en los tiempos en que aquel suceso se produjo, ninguna nación por grandes que fuesen sus energías vitales, hubiera podido sin aniquilarse acometer tamaña empresa. Un grande y misterioso peligro se cernía sobre las naciones de Europa. Buscaba el destino, titubeando, el pueblo predestinado, el pueblo elegido, el pueblo mártir. Antes de llegar á la nuestra, Colon fué brindando de corte en corte su funesto y grandioso presente. Todos le rehusaron, como advertidos por el terror de lo inconsciente. La magnánima Isabel, con su generoso arranque, nos comprometió en

la temeraria aventura. ¡Cuán ajena estaría la gran reina de que aquel día depositaba en el surco de los tiempos el germen de nuestro infortunio! La labor era desmedida para las fuerzas del obrero. La obra mató al artífice como en el libro de Zola. Para penetrarse de lo infausta que fué para nosotros aquella gran gloria, basta imaginar lo que hoy pudiera ser España si, cumpliendo el testamento político de Isabel y de Cisneros, hubiese concentrado en la colonización del África septentrional todas las energías disipadas al otro lado del Atlántico, hasta hacerse dueña de Marruecos, Argelia, Túnez, Tripoli, y árbitra del Mediterráneo.

Sin duda nuestros extravíos cooperaron eficazmente, para nuestra ruina, con esos designios del hado. Hubiera sido el espíritu nacional menos loco y aventurero, y España no habría quedado exhausta de población y de recursos, y nuestras mejores fuerzas no habrían ido á desvanecerse en la quimérica persecución de un «Eldorado» fantasmagórico. Hubiéramos sido más pegados al trabajo, y el oro de los galeones ultramarinos no hubiese causado en nuestra sociedad tan hondo estrago moral y material. Hubiéramos sido más tolerantes, más liberales, más humanos, más políticos, y nunca habría surgido entre los miembros dispersos de nuestra estirpe el odio que los ha dividido más hondamente que el Océano. Dejaría de estar nuestra raza inspirada por el numen de la discordia, y acaso hoy formáramos los españoles de todo el mundo una gran y poderosa confederación. Todo ello es cierto; pero no lo es menos que el azar puso de su parte cuanto era necesario para que pudieran desarrollarse en condiciones propicias los vicios y errores de que nació nuestro desastre.

El entroncamiento de las dinastías extranjeras ha sido para nuestra patria una inmensa calamidad. Pues para que esta gran desventura se produjera, fué necesario que el infante D. Juan muriese en edad temprana, y que se malograra su descendencia, y que la muerte arrebatara también á Doña Isabel, hija de los Reyes Católicos y reina de Portugal, y al hijo de esta, D. Miguel, frustrando así toda esperanza de unión entre ambas coronas. Por virtud de esta serie de coincidencias vino á reinar en España Carlos V. en representación de los derechos de una loca. Desde aquel día, toda nuestra historia quedó desentradada. Nunca ya España volvió á vivir para sí. Escalava de intereses dinásticos, juguete de conveniencias exóticas, ha ido cayendo por la historia de tumbos en tumbos, como piedra lanzada á un abismo.

También en esas desventuras han tenido nuestras culpas participación. Placía á nuestros mayores ir á dejar sus huesos en Flandes ó en Italia. El fanático Felipe II encarnaba el génio nacional. La superstición monárquica había penetrado hasta la médula de nuestro pueblo. Ni los españoles supieron entonces, como los ingleses, mantener enfrente del despotismo sus fueros y franquicias tradicionales, ni más tarde, como los franceses, recabar sus libertades por una gran revolución. Hay que convenir, sin embargo, en que la casualidad que nos ahorró al carro de los Austrias, produjo un terreno abonado donde pudieran prosperar esos nuestros defectos nativos.

La alianza entre Portugal é Inglaterra ha sido siempre para España una gran desventura, y hoy constituye un gran peligro. Equivale para nosotros á tener en casa el enemigo. Pues las aproximaciones en que tal alianza se ha fundado de la casualidad nacieron. El auxilio prestado á Alfonso Enriquez para la

conquista de Lisboa á mediados del siglo XII, por los cruzados ingleses deteniéndose accidentalmente en Oporto, fué el hecho eventual de que arrancaron las relaciones entre ambos pueblos. De aquel suceso contingente data la estrecha amistad, fortificada por enlaces matrimoniales, que han mediado siempre para nuestro daño, entre Inglaterra y Portugal. En el brindis con que D. Carlos de Braganza acaba de notificar al mundo la nueva alianza ofensiva y defensiva pactada entre ambas naciones se romoran los principales momentos de la historia de esas amistades, que es también la de nuestros agravios. Mucho antes de la pérdida de Gibraltar eran ya los ingleses enemigos natos de nuestra unidad nacional. Ellos pelean en Aljubarroti. Ellos ayudan á Portugal á sacudir el odiado yugo tras aquella breve dominación española apoyada por nuestros hermanos de Occidente el cautiverio de los sesenta años. Muy previsora es la política inglesa, pero no hay pravisión que alcance á más de siete siglos. La periploca británica fué en esta ocasión bien servida por el acaso.

Caros es que por nuestra parte hemos contribuido según costumbre, á agravar cuanto ha sido posible estos rigores del destino. Abandonados en glorias huecas ó en querrelas vanas, jamás tuvimos una política nacional. Siempre caminamos al acaso, sin rumbo fijo, sin designio cierto y sin propia finalidad. Los directores de nuestra política han desaprovechado cuantas ocasiones ofrecieron las circunstancias para intimar con nuestros cohabitantes peninsulares. Portugal guarda aún el luctuoso recuerdo de los desastres que le ocasionara durante la española dominación, la insensata política de los Felipes. Nos hemos allí hecho odiar y temer. El espectáculo de nuestras eternas discordias no era el más adecuado para atraernos las simpatías del pueblo vecino. ¿Quién podía prometerse que hoy, en la hora de nuestra gran caída, se anudasen entre ambas naciones peninsulares vínculos que no ha podido engendrar entre ellas una convivencia tantas veces secular?

Sea, pues no somos bastantes fuertes para impedirlo. De serlo, nuestro derecho sería indiscutible. Esa alianza ofensiva y defensiva lastima nuestra susceptibilidad y amenaza nuestra existencia. Es una alianza pactada exclusivamente contra nosotros. Portugal, consumándola, abusa de su independencia. No en balde establece la naturaleza ciertas inevitables solidaridades. Las relaciones de buena vecindad obligan á abstenerse de lo que perjudica al vecino. De dos personas que viven en una misma habitación, ninguna tiene derecho á franquear por propia conveniencia el acceso de la morada común á los enemigos de la otra. Lo que hoy hace con nosotros Portugal, se asemeja singularmente á lo que pretendió hacer con él Godoy en los principios del siglo que tan luctuosamente acaba.

Identidad de origen, comunidad de raza, unidad de territorio, leyes de la vida reveladas al hombre por la naturaleza y la historia... ¡Pamplinas! ¿Quién osa hablar hoy á las naciones en nombre de la moral y del derecho. Esas son cosas de los individuos. Las colectividades no tienen conciencia, ni deberes, ni sentimientos, ni honor. Tienen, eso sí, necesidades, conveniencias, codicias, apetitos. La bestia se llama nación. Las que de entre ellas van á la cabeza de la civilización, matan, roban, se confabulan para perpetrar el latrocinio y el asesinato. Lo más indigno, lo más infame, lo que desdoraría al último de los hombres, es para las naciones feo y honesto. La humanidad es mero sentimentalismo; el derecho de gentes insustancial palabrería. En este internacional desenfreno bien puede pasar por pecado venial el de un pueblo que busca en el extraño potente y rico los provechosos que no puede esperar del hermano pobre y desgraciado.

Desde el punto de vista de la moral internacional en uso, la conducta de Portugal es irroprochable. Conserva sus

colonias, convirtiéndose él mismo en colonia. Mantiene su dictado de independiente sin mas que someterse á esclavitud. Viva, en suma. Quien no se pregunta si vale la pena de vivir para vivir así, haos bien en proceder de esa suerte. El que no es fuerte de suyo, debe aliarse con los fuertes. Sancho Panza daría á esa política su mas completa aprobación. Vaya en buen hora el mísculo reino por esos caminos, y ojalá encuentre en ellos las ventajas que oodia. No es esto cosa tan segura como parecen imaginárselo los que le guían. Ser aliado de Inglaterra no es una condición muy preferible á la de ser su enemigo. Diez años hace, é propio Portugal pudo aprenderlo á sus expensas.

Cuanto á nosotros, el día en que hayamos tocado el fondo de la sima, á donde vamos despena los, habremos dejado á la historia un ejemplo lamentoso en que aprenda la posteridad cuán completa é irredimible es la ruina de las naciones, cuando en ellas, como en la nuestra, colaboran el destino y los vicios, la fatalidad y los desaciertos, la suerte adversa y la propia ceguedad.

Alfredo Calderón

DE MADRID A MURCIA

La jornada de ayer en el Congreso fué tristísima para el gobierno y muy especialmente para el Ministro de la Gobernación.

Ugarte, torpe durante toda la sesión, promovió con su desajuiciado proceder una serie interminable de escándalos y desórdenes.

A Blasco Ibañez se le escuchó con verdadero interés, hasta el extremo de que algunos diputados consejeros, hombres de talento, asintieran á sus palabras, separándose de la teatral protesta de la mayoría.

Los hijos del Sr. Pidal acercáronse también á felicitar al Sr. Blasco Ibañez, y con ellos todos los liberales y republicanos.

Hay que hacer notar como afirma «El Correo», órgano del Sr. Sagasta, que la lectura del sueto del «Heraldo» por el Sr. Blasco Ibañez, causó en los señores Villaverde, Silvela y Dato, un efecto distinto al que debió causarle al Sr. Ugarte. Aquellos, con su actitud—dice «El Correo»—demostraron que el sueto del citado periódico no era en modo alguno merecedor de la persecución.

Hace notar además de esta discrepancia de juicios, que ayer en la sesión del Congreso, y mientras Blasco Ibañez inropebó al ministro de la Gobernación, Dato y Silvela, que estaban muy cerca de éste, permanecían impasibles.

Lo más grave—continúa diciendo «El Correo»—es que el asunto de la boda ha venido á encender las pasiones, exaltando los ánimos.

La derrota del Sr. Ugarte fué completísima, y hasta llegó á creerse que anoche mismo presentaría su dimisión.

Apenas terminó el debate en el Congreso, desapareció y no se le ha vuelto á ver, ni aun en el ministerio.

El pánico del ministro de la Gobernación es indescriptible.

Hoy será zarandeado nuevamente por el Sr. Canalejas.

En los ministeriales se refleja hondo disgusto contra el Sr. Ugarte. inhábil y apocado contra las valientes ausaciones que contra el gobierno ha lanzado el señor Blasco Ibañez, sobre el que ha colocado éstigma de reaccionario y protector de los carlistas.

«El País» denunciado y su director encarcelado

Ayer la libertad de la Prensa quedó maltrecha.

El director de «El País» fué encarcelado sin notificarle la causa de su prisión.

La poca tolerancia que se permitía á esa conquista de la revolución de Septiembre ha quedado secuestrada.

Aquí en España no hay derechos, hay concesiones; no hay otras leyes que el capricho del omnipotente poder ministerial.

Hay necesidad de unirse todos los que sienten amor á la libertad para la defensa de la libertad de la prensa, base de todas las libertades; eso decía Canalejas, en el salon del Congreso esta tarde lo cual es una verdad que no tiene contradicción.

La cosa se enreda sin vérselo solucionado.
14 Noviembre 1900.



El ilustre músico alemán Luis Van Beethoven nació en Bonn en 17 de Diciembre de 1770.

La niñez del humilde compositor deslízose bastante amarga, pues á las estrecheces de su hogar se unían los disgustos que la reprensible conducta de su padre ocasionaba.

Este sedimento de amargura fué formando el carácter severo, serio y al par melancólico del gran Beethoven, quien

por esta razón fué tachado por algunos de hombre adusto y malhumorado. Pero el mismo eminente compositor escribió para sinocerarse, y en verdad que lo hizo de un modo elocuentísimo, un largo escrito dirigido á su hermano

Carlos, donde se leen admirables párrafos de amarga filosofía: es la confesión de un artista del alma y de los vuelos del llamado padre de la música.

Esta epístola, escrita en 6 de Octubre de 1802, fué motivada por el peligro que entonces corrió la preciosa vida del maestro, quien, después de estar postrado en cama largo tiempo, logró curar, viviendo cerca de veinticinco años más, hasta el 26 de Marzo de 1827, en que la hidropesía y una pulmonía le llevaron al sepulcro.

Pero para que sus detractores dejen de tacharle como descontentadizo, sombrío y misántropo, todavía existe otra razón poderosísima. En efecto, la Naturaleza, harto cruel con este genio, le hizo vivir sometido á un tormento indecible; al de no poder oír sus obras ni apreciarlas; pues privándole del oído cuando Beethoven se hallaba en el apogeo de su gloria, le impidió de la dicha más inefable para el artista, del goce de la obra por él concebida. Véase, pues, si el carácter de Beethoven tenía que ser sombrío y taciturno.

Su padre, que era cantor de capilla del arzobispado de Colonia, dedicó desde los cinco años al estudio de la música. A los diez y seis años, con objeto de visitar al gran Mozart, hizo un viaje á Viena, y aquél dijo que desde luego se encargaba de darle algunas lecciones, añadiendo: «Este muchacho dará mucho que hablar al mundo entero.»

Además de Mozart, el joven artista recibió lecciones de otras eminencias musicales, entre ellas, Albrechtsberger y Haydn.

Sus éxitos fueron muchos, pero su situación económica muy desesperada, por lo que el Rey de Westfalia le nombró maestro de capilla con 7.000 francos de sueldo, y el archiduque Rodolfo encasbó con otros nobles una suscripción para pensionar al maestro con 4.000 florines anuales.

De sus muchas obras, entre ellas la ópera «Fidélis», son inmortales las «Sinfonía pastoral», la «Sonata á la luz de la luna» y la «Sinfonía heroica».

Lo más selecto de la música clásica y los principios de lo más moderno, incluso el vauquerismo, halláanse en las generales obras de Beethoven.

Como dice un biógrafo suyo, es el único músico que pudo decir: «Soy el principio y el fin de la evolución.»

Hernando de Acevedo

